

y una misma virtud la con que amamos á Dios por Dios y la con que amamos al prójimo por el mismo Dios. Y dicen que asi como cuando amamos á Dios, es virtud teologal, que quiere decir divina, y que mira y tiene á Dios por blanco y por objeto; asi tambien es virtud teologal y divina cuando amamos al prójimo, porque le amamos por Dios; es decir, porque la infinita bondad de Dios es digna de ser por sí misma amada, y que por ella juntamente amemos al prójimo.

Finalmente, no hallaremos en toda la divina Escritura cosa mas encarecida ni mas amenudo encomendada y repetida que esta union y caridad fraterna. Y Cristo nuestro Redentor al tiempo de su partida en aquel último sermon de la Cena nos la torna á encomendar una y otra vez. "Este es mi mandamiento, que os ameis unos á otros como yo os he amado á vosotros (1)." Y luego torna á decir: "Esto os mando como en testamento (2)," esta es mi última voluntad, para que por aqui veamos cuánto deseaba quedase esto impreso y arraigado en nuestros corazones, como quien sabia cuánto nos importaba y que de aqui dependia toda la ley y el cumplimiento de todos los demas mandamientos, conforme á aquello del Apóstol: "El que ama al prójimo cumplió la ley (3)." Y de ahí tomó esta doctrina aquel su amado discípulo, que no parece que trata de otra cosa en sus canónicas como quien la habia mamado á los pechos de su Maestro. Refiere de él San Gerónimo que siendo ya muy viejo que apenas podia ir á la iglesia, sino que era menester que le llevasen sus discípulos en brazos, solamente predicaba esto: "Hijos míos, amaos

(1) Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem sicut dilexi vos. Joann. XV, 12.  
(2) Haec mando vobis, ut diligatis invicem Joann. XV, 17.  
(3) Qui diligit proximum legem implevit. Ad Rom. XIII, 8.

unos á otros (1).» Y cansados y enfadados los discípulos de que siempre les repitiese una misma cosa, dijéronle: «Maestro, ¿por qué nos decís siempre esto?» respondió, dice San Gerónimo, una sentencia digna de San Juan: «Porque es mandamiento del Señor, y si le cumplís, él solo basta (2).» Aqui se resumen todos los mandamientos; si este guardais, todos los guardareis (3).

Pondera aqui San Agustin: «Mirad, dice (4), cuánto peso y cuánta fuerza puso el Señor en este mandamiento, que esta quiere que sea la señal y divisa para que el mundo nos conozca y tenga por discípulos suyos.»

No para ahí Cristo nuestro Redentor, porque en aquella oracion que hizo el Padre Eterno, que refiere San Juan en el capítulo 17 de su Sagrado Evangelio, no solo quiere que nos conozcan en esto por discípulos suyos, sino que haya tanta union y hermandad entre nosotros, que baste á convencer al mundo de la verdad de nuestra Fé y Religion, y de que Cristo es Hijo de Dios, que es cosa que pondera muy bien San Crisóstomo (5). "Ruégote, Padre Eterno, no solo por estos mis discípulos, sino tambien por todos aquellos que por medio de ellos han de creer en mí, que todos ellos sean uno entre sí, así como tú estás en mí y yo en tí, para que crea el mundo que tú me enviaste (6)." ¿Púdose encarecer mas la esce-

(1) Filioli, diligite alterutrum. Hieron. in coment. ad Galat. 6.  
(2) Dignam Joannis sententiam. «Quia praeceptum Domini est, et si solum fiat, sufficit.» Hier. ib.  
(3) Omnis enim lex in uno sermone impletur; filius proximum tuum sicut te ipsum. Ad Galat. V, 14.  
(4) Et tantum pondus praecepti in ea sententia constituit Dominus ut diceret, in hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem. August. lib. 83. quest. IX, art. 71.  
(5) Chrisost. hom. VIII, super Joann.  
(6) Non pro eis rogo tantum, sed et pro eis, qui credituri sunt per verbum eorum in me, ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint, ut credat mundus, quia tu me misisti. Joann. XVII, 20.

lencia de esta union y hermandad, pues basta y ha de bastar para que el mundo confiese ser ella obra de la venida del Hijo de Dios al mundo y para que que se rinda á recibir su doctrina y Religion cristiana?

Vióse bien la verdad y fuerza de esto en lo que acaeció á Pacomio (1) que, siendo soldado en el ejército de Constantino Magno y gentil, faltando el mantenimiento á los soldados y muriendo de hambre, llegaron á una ciudad donde los favorecieron, y se juntaron los de ella á traerles todo lo necesario con tanta abundancia y voluntad que, espantado Pacomio, preguntó qué gente era aquella tan inclinada á hacer bien. Respondiéronle que eran cristianos, cuyo instituto era recibir á todos, y ayudarlos y hacerles bien. Luego se sintió tocado interiormente para seguir su instituto; y levantando las manos al cielo y poniendo por testigo á Dios, se entregó á la Religion cristiana. Aquello le fué motivo para convertirse y creer que aquella era la verdadera Fé y Religion.

Añade el Redentor del mundo otra cosa de grandísimo consuelo: "Ruégote, Padre Eterno (2), que sean uno entre sí para que conozca el mundo que los amas á ellos así como me amas á mí." Una de las principales señales en que se vé un especial privilegio del amor que Dios tiene á una congregacion, y que la ama con amor privilegiado y singular, á imitacion y semejanza del amor que tiene á su Hijo, es en que les dá esta gracia de union y hermandad de unos con otros, como vemos que la dió y comunicó en la primitiva Iglesia á aquella gente que tenia las primicias del espíritu. Y así dice San Juan: "Si nos ama-

(1) Cesar Baron. t. 3 pag. 141, et apud Methafr. die 14 maii.  
(2) Et cognoscat mundus, quia tu me misisti, et dilexisti eos, sicut et me dilexisti. Joann. XVII, 23.

mos unos á otros, es señal que mora Dios en nosotros y nos ama mucho (1)." Si á donde están congregados dos ó tres en nombre del Señor, dice él que está allí en medio de ellos (2), ¿qué será donde están unidos y congregados tantos en su nombre y por su amor? Pues para que gocemos de tantos bienes y tengamos esta prenda tan grande de que mora Dios en nosotros y nos ama con particular amor, procuremos conservarnos siempre en esta caridad y union.

CAPITULO II.

De la necesidad que tenemos de esta union y caridad, y de algunos medios para conservarnos en ella.

El Apóstol S. Pablo, escribiendo á los colosenses (3), va enseñando y encomendándoles muchas virtudes; pero sobre todas, dice, os encomiendo la caridad, que ata y conserva y dá vida á todas. Lo mismo hace el Apóstol San Pedro en su primera canónica (4): "Ante todas cosas os encomiendo la caridad y union continua de unos con otros;" de dónde podemos colegir de cuánta importancia sea esta caridad y union, pues estos sagrados Apóstoles y principes de la Iglesia nos la encomiendan tanto que dicen que eso ha de ser el ante omnia, y el super omnia, ante todas y sobre todas las cosas; de manera, que de esto hagamos siempre mas caso que de todo lo demas. Y cuanto á lo primero, la necesidad general de esto bien se vé, porque ¿qué Religion puede haber sin union y conformidad? y no digo Religion, pero ni congregacion, ni comunidad ninguna puede

(1) Si diligamus invicem, Deus in nobis manet, et charitas ejus in nobis perfecta est. I Joann. IV, 12.  
(2) Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum. Matth. XVIII, 20.  
(3) Super omnia autem haec charitatem habetis, quod est vinculum perfectionis. Ad Colos. III, 14.  
(4) Ante omnia autem, mutuoam in vobismetipsis charitatem continuam habentes. I Petr. IV, 8.

haber sin alguna manera de union y orden. Quitad de la muchedumbre alguna trabazon y union; ¿qué quedará sino una Babilonia, confusion y vehetria? Dice el Proverbio: «Donde hay multitud, hay confusion (1).» Y entiéndese, si la multitud está sin orden y union, porque ordenada y unida no es sino gerarquía. Y así todas las congregaciones y repúblicas, por bárbaras que sean, siempre procuran alguna union y orden, dependiendo todos de una cabeza, ó de muchos que representan un gobierno. Y aun hasta en los animales vemos esto: no solo en las abejas, que en esas es admirable el instinto que la naturaleza les dió en esta parte; mas aun los lobos y leones y otras fieras, por el mismo caso que apetecen su conservacion, procuran alguna union, porque con la division se acabarian y perecerian. Y aun los mismos demonios, con ser espíritus de division y sembradores de cizaña, el mismo Cristo dice que no se debe creer que entre sí mismos anden en division, por esta misma razon; porque «si Satanás está entre sí mismo dividido, ¿cómo se conservará su reino (2)?» Y á este mismo propósito trac allí aquel principio, tan cierto y tan experimentado en materia de república: «Todo reino entre sí dividido se destruirá, y una casa se caerá sobre otra (3).» El reino dividido entre sí no ha menester enemigos para ser destruido y asolado, porque ellos mismos se irán consumiendo y asolando unos á otros, y unas casas se irán cayendo sobre otras. Y así Platon viene á decir, que no hay en la república cosa mas perniciosa que la discordia y desunion, ni cosa mas útil y provechosa que la paz y union de unos con otros (4).

(1) Ubi est multitudo ibi est confusio.  
 (2) Si autem et Satanás in seipsum divisus est, quomodo stabit regnum ejus? *Lucas XI, 18.*  
 (3) Omne regnum in seipsum divisum, desolabitur, et domus supra domum cadet. *Luc. XI, 17.*  
 (4) *Plat. lib. 5 de Repub.*

San Gerónimo dice esto mismo de la Religion, y con mas fuerza. «Esta union y caridad, dice (1), hace á los religiosos que sean religiosos. Sin esta, el monasterio es infierno y los moradores demonios. Porque, ¿qué mayor infierno que, habiendo de estar siempre juntos con el cuerpo y tratar cada dia unos con otros, tener diferentes voluntades y pareceres? Pero si hay union y caridad, la Religion será un Paraiso en la tierra, y los que en ella viven serán ángeles, porque comenzarán acá á gozar de aquella paz y quietud de que ellos gozan.» Y confirma esto San Basilio: «Los que viven en la Religion con esta paz y con esta caridad y union, son, dice (2), semejantes á los ángeles, entre los cuales no hay pleitos, ni contiendas, ni disensiones ningunas.» San Lorenzo Justiniano dice (3), que no hay acá en la tierra cosa que tan al vivo represente la junta del cielo y de aquella Jerusalem celestial como la junta de los religiosos unidos en amor y caridad. Esa es vida de ángeles, vida del cielo. Verdaderamente en este lugar está el Señor; no es esto otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo (4).

¶ Pero dejado lo general y viniendo á la necesidad particular que nosotros tenemos de esta union y caridad fraterna, tratando nuestro Padre de los medios con que se conservará y aumentará la Compañía en su buen ser espiritual, dice (5) que uno de los medios principales que ayudará mucho

(1) Haec (id est, charitas) religiosos, haec monachos facit; sine hac caenobia sunt tartara, habitatores sunt daemones; cum hac vero sunt paradisi in terris, et in eis degentes sunt angeli. *Hieron. in Reg. Monach.*  
 (2) Hi vitae diligenter communitate retenta angelorum vivendi ritum aemulantur: nulla est inter angelos lis, nulla contentio, nulla controversia. *S. Basil. in const. Monastic. c. 19.*  
 (3) Laurenti Justin. de disciplina, et profectu monasticae conversat. cap. 10.  
 (4) Vere Dominus est in loco isto: non est hic aliud nisi domus Dei, et porta coeli. *Genes. XXVIII, 16.*  
 (5) *P. 40. const. §. 9.*

para ello, será esta union y caridad de unos con otros. Y fuera de las razones generales, que muestran ser necesaria esta union en cualquier religion y comunidad, hay otras razones particulares por donde nos es aun mas necesaria á nosotros. Y sea la primera: porque la Compañía es un escuadron de soldados que Dios ha enviado de refresco á su Iglesia para ayudar á la guerra que trae contra el mundo y el demonio y ganar almas para el cielo; y así nos lo propone la forma de nuestro instituto, y ese es el bando que se echa en la bula de la ereccion de nuestra Compañía: «Quien se quisiere asentar debajo de la bandera de la Cruz y dar su nombre en esta milicia, etc (1).» Y el mismo nombre de Compañía se lo dice; es Compañía de soldados, sonamos las cajas, levantamos bandera y hacemos gente para pelear contra los enemigos de la Cruz. Pues si el escuadron va muy unido y bien ordenado, yendo todos á una, romperán por peñas y á ellos nadie los desbaratará: es cosa fortísima. Y así el Espíritu Santo compara á él la Iglesia (2). A un escuadron bien ordenado y unido entre sí no hay por donde entrarlo: unos defienden á otros; pero en desuniéndose y desordenándole, es flaquísimo y luego es roto y desbaratado. En el segundo libro de los Reyes, para decir David que venció á sus enemigos, dice: «Dividió el Señor mis enemigos delante de mí, como se dividen las aguas (3).» Y al monte donde esto pasó llamó: *Baal pharasin*; esto es, el lugar de la division (4). De manera, que lo mismo es vencer que dividir, y lo mismo es lugar de division que lugar de victoria. Y así dicen allá los que tratan de

(1) Quicumque vult sub crucis vexillo Deo militare, et soli Domino, et Ecclesiae ipsius sponsae servire, etc. *Bulla Julii III, anni 1550.*  
 (2) Terribitis ut castrorum acies ordinata. *Cant. VI, 3.*  
 (3) Divisit Dominus inimicos meos coram me, sicut dividuntur aquae. *II. Reg. V, 20.*  
 (4) *Baal-pharasin, id est, locus divisionis. Ib.*

guerra: «Cuando el ejército va desconcertado y desordenado, mas ya al matadero que á pelear (1).» No hay cosa mas encomendada en la disciplina militar que no romper ni desordenar el escuadron, sino procurar que esté siempre muy unido y ordenado, y que cada uno mire por el otro y guarde su puesto. Y no solo el bien comun, sino el bien particular de cada uno depende de que este orden se guarde, porque perdido el escuadron se perderá él tambien. Pues de la misma manera será en esta nuestra Compañía y escuadron. Si nos unimos y nos ayudamos unos á otros y vamos todos á una, romperemos los enemigos, y de nadie seremos vencidos ni desbaratados. Dice el Sábio: «El hermano que es ayudado de su hermano, es como una ciudad muy fuerte (2);» «y el cordel de tres hecho, con dificultad se rompe (3).» Cuando muchos cordes se juntan y se hace uno de ellos, queda muy fuerte. En la cuerda de la ballesta, aquellos hilos de que se compone, cada uno por sí tiene poca fuerza ó ninguna, y muchos juntos vemos que son bastantes para doblar un fortísimo acero. Así seremos nosotros si estamos unidos y vamos todos á una.

San Basilio, animando á esto á los religiosos, dice (4): «Considerad con cuánta union y conformidad peleaban aquellos Macabeos las guerras del Señor.» Y de aquellos ejércitos copiosos de mas de trescientos mil hombres, dice la Sagrada Escritura en los libros de los Reyes, que iban como si fueran un hombre solo (5), porque iban todos con una misma voluntad y ánimo, y de esa manera ponian temor y espanto á sus enemigos y alcanzaban grandes victorias.

(1) Multitudo inordinata potius est victima, quam pugna. *Vegetius de re militari.*  
 (2) Frater qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma. *Prov. XVIII, 19.*  
 (3) Et funiculus triplex difficile rumpitur. *Eccl. IV, 12.*  
 (4) *Basil. in cons. Monast. c. 8.*  
 (5) Egressi sunt quasi vir unus. *I. Reg. XI, 7.*

Pues de esa manera habemos de pelear nosotros las guerras espirituales del Señor, y así haremos grande fruto en las almas con nuestros ministerios y pondremos grande espanto á nuestros enemigos. El mismo demonio, dice San Basilio, temerá y no se atreverá contra nosotros, porque desmayará viendo tantos tan unidos contra él y desconfiará de podernos hacer daño.

Nuestro Padre pone esta por una de las razones principales porque nos es muy particularmente necesaria esta union. «La union, dice (1), y conformidad de unos con otros debe muy diligentemente procurarse y no permitir lo contrario para que con el vínculo de la fraterna caridad, unidos entre sí, mejor puedan y mas eficazmente emplearse en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos.» Y en otra parte dice (2) que sin esta union no podrá la Compañía ni conservarse, ni regirse, ni alcanzar el fin para que fué instituida. Cosa cierta es que, en habiendo divisiones, bandos ó disensiones acá dentro, no solo no alcanzaremos el fin de nuestro instituto, que es ganar almas para Dios, pero ni nos podremos regir ni conservar á nosotros mismos. Si los soldados que se habian de unir para pelear contra los enemigos se vuelven á pelear entre sí unos con otros, claro está que no solo no vencerán, sino que ellos se destruirán y asolarán á sí mismos: «Hanse vuelto los soldados á pelear contra sí unos con otros, ellos se perderán (3).» Y así dice el Apóstol: «Si entran entre vosotros discordias, envidias y murmuraciones, sin duda os ireis consumiendo y destruyendo unos á otros (4).» Y esto es lo que hay que temer en la Religion, no los enemigos de fuera, ni las persecucio-

(1) 3. p. const. c. I, §. 18, et Regula. 42 summ.  
(2) 8. Part. Const. c. I, §. 1.  
(3) Divisum est cor eorum, nunc interibunt. Osee, X, 2.  
(4) Quod si invicem mordetis, et comeditis, videte, ne ab invicem consumamini. Ad Gal. V, 15.

nes y contradicciones que en el mundo se nos pueden levantar, que ellas no nos dañarán.

Dice muy bien San Bernardo hablando á este propósito con sus religiosos: «¿Qué cosa os podrá venir y suceder de fuera que os pueda turbar ó entristecer, si acá dentro os va bien y gozais de la hermanable paz y caridad (1)?» Y trae aquello del Apóstol San Pedro: «¿Quién os podrá dañar si hicieris lo que debéis (2)?» Mientras nosotros fuéremos los que debemos, y anduviéremos muy unidos y hermanados unos con otros, ninguna contradiccion ni persecucion de fuera nos podrá dañar ni perjudicar, antes ayudará y servirá para mayor bien y acrecentamiento nuestro, como leemos en las Historias eclesiásticas de las persecuciones que la Iglesia tuvo de fuera, que no hicieron en ella mas daño que el podador á la viña: por un sarmiento que cortaban, brotaban otros mas fructíferos. Y así dijo muy bien uno de aquellos santos mártires al tirano, que lo que hacia derramando sangre de cristianos, era regar la haza para que creciese y se multiplicase mas el trigo.

En el libro de los Macabeos alaba la Sagrada Escritura á los romanos, de que tenían mucha union y conformidad entre sí: «Hacen á uno su magistrado cada año, y todos obedecen á uno, y no hay envidia ni celos entre ellos (3).» Y todo el tiempo que los romanos estuvieron de esta manera unidos entre sí, fueron señores del mundo y rendian los enemigos; pero en entrando las guerras civiles entre ellos, fueron destruidos; de donde sacaron aquel proverbio: «Con la union y concordia crecen y medran

(1) Quid ergo a foris vos conturbare, aut contristare poterit, si intus bene estis, et fraterna pace gaudetis? Bernard. serm. 29 super Cant.  
(2) Et quis est qui vobis noceat, si boni aemulatores fueritis? I Petr. III, 13.  
(3) Committunt uni magistratum suum, per singulos annos, et omnes obediunt uni, et non est invidia, neque zelus inter eos. I Mach. VIII, 46.

las cosas por pequeñas y flacas que sean; y con la discordia y desunion, por grandes y fuertes que sean, se menoscaban y deshacen y del todo perecen (1).»

Fuera de esto hay otra razon particular por la cual en la Compañía tenemos mas necesidad de procurar esta union, la cual nos pone nuestro Padre en la octava parte de las constituciones (2), y es que en la Compañía hay particulares dificultades y estorbos para conseguir esta union, y por eso es menester apoyarla mas y buscar remedios contra esos impedimentos. Las dificultades que hay en la Compañía para esto, las reduce allí nuestro Padre á tres. La primera es estar la Compañía tan esparcida y derramada por todo el mundo entre fieles é infieles, y así por estar tan lejos y tan apartados unos de otros, es mas difícil el conocerse y el comunicarse y unirse, y especialmente abrazando, como abraza, tan diversas naciones, y que en muchas de ellas hay oposicion y contrariedad; y no es tan fácil quitar la aversion con que el hombre nace y se cria perpétuamente, y mirar al extranjero, no como á extraño, sino como á hijo y hermano de la Compañía. La segunda dificultad es, que los de la Compañía por la mayor parte han de ser gente de letras, y la ciencia hincha y cria en el hombre estima de sí mismo y desestima de otros, y cria tambien dureza de juicio; y Santo Tomás dijo (3) que los letrados no suelen ser tan aplicados á devocion como los sencillos. Y así se puede con razon temer no venga á ser esto causa que no se unan ni hermanen tanto entre sí, queriendo cada uno seguir su opinion y parecer, y echar por su vereda y procurar honra y estima para sí, que

(1) Concordia parvae res crescunt, discordia maximae dilabuntur.  
(2) 8 p. const. c. I, §. 1; et in declarat.  
(3) S. Thom. 2-2, q. LXXXII, art. 3, ad 3.  
B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

suele ser raiz de gran desunion y division. La tercera dificultad é impedimento y no pequeño es, que estos mismos serán personas de prendas que tendrán cabida con los príncipes y señores y con las ciudades y cabildos, y de estas privanzas se suelen seguir diversas parcialidades, y tambien suele entrar por aquí la singularidad y el privilegio y exencion, y no vivir como los demas, lo cual perjudica mucho á la union y hermandad.

Pues para mayores contrarios, mayores prevenciones son menester, y así nuestro S. P. va poniendo allí remedios para obviar estas dificultades (1). El primero y fundamento de todos los demas es, que no se tengan ni incorporen en la Compañía hombres que no han tratado de domar bien sus vicios y pasiones, porque gente inmortificada no sufrirá ni disciplina, ni orden, ni union. El letrado será hinchado y querrá privilegios sobre los demas, querrá ser preferido, no hará caso de los otros, buscará el favor del príncipe y del señor, querrá tener quien le sirva: de lo cual se siguen luego los bandos y las divisiones. Cuanto mas letrado y de mayores prendas fuere uno en la Compañía, si no tiene mucha virtud y mucha mortificacion, tanto hay mas que temer la desunion y que dará en qué entender á la Religion. Dicen muy bien que las letras y talentos grandes en un hombre inmortificado son como una buena espada en manos de un hombre furioso, que á sí mismo y á otros dañará con ella. Pero si los letrados fueren mortificados y humildes y no se buscaren á sí mismos, sino las cosas de Jesucristo, como dice San Pablo (2), entonces habrá mucha paz y union y todo andará bien; porque con su ejemplo ayudarán mucho á los demas y los llevarán tras sí. Este es el prin-

(1) 8. p. Const. c. 1, §. 2.  
(2) Sed quae Jesu-Christi. Ad Philip. II, 21.  
17

eipal remedio y que, si se guarda, él solo bastará.

Pero fuera de esto va poniendo allí nuestro Padre otros remedios particulares para obviar los impedimentos dichos; como para la falta de comunicacion y conocimiento, por estar tan lejos y tan apartados unos de otros, el comunicarse mucho con cartas de edificacion que usa la Compañía, con las cuales tienen los unos mucha noticia de los otros, y se animan á tener un mismo modo de proceder, en cuanto lo sufre la diversidad de las naciones, que ayuda mucho para la union (1).

Otro remedio muy principal pone allí nuestro Padre para conservarnos en esta union (2); y es, que se guarde la obediencia exactamente, porque la obediencia traba y une los religiosos entre sí, hace de muchas voluntades una, y de muchos pareceres uno, porque quitada la propia voluntad y el propio juicio de los particulares, como se quita por la obediencia, queda una voluntad y parecer comun del superior que á todos une, y unidos los súbditos con su superior, quedan unidos entre sí, conforme á aquella regla: «Las cosas que son una misma con otro tercero, son tambien una misma cosa entre sí (3).» Y cuanto mas unidos estuvieren los súbditos con el superior, tanto mas lo estarán entre sí. La obediencia y disciplina religiosa y observancia de las reglas, es un rasero que allana é iguala á todos, y asi causa grande orden y union. Solian los antiguos, para significar la union, poner un geroglífico, que era una vihuela con muchas cuerdas que, por razon de estar entre sí concordes y templadas con la prima, hacian una melodía suavísima. Asi una comunidad de tantas cuerdas templadas

(1) P. S. Const. c. 1, §. 9, et p. 10, §. 6.  
(2) P. S. Const. c. 1, §. 3, et p. 10, §. 9.  
(3) Quaecumque sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se.

con la prima, que es el superior, hace una suavísima consonancia y armonía; y asi como en la vihuela una sola cuerda que se destemple ó se roce, se pierde y deshace toda aquella consonancia y armonía, asi tambien en la Religion, uno solo que se destemple y no concuerde con el superior, hará que se pierda la consonancia y armonía de esta union. De aquí vinieron á decir algunos, que concordia se dice de la cuerda, a corda; pero mejor dijeron los que dicen que del corazon, a corde, porque todos tienen un corazon, conforme á aquello de los Actos de los Apóstoles: «La multitud de los creyentes era un corazon y un alma (1).»

San Bernardo dice que asi como la causa de hacer agua la nave es por no estar bien juntas las tablas, ó por no estar bien embreadas, asi tambien la causa de arruinarse y perderse la Religion es por no estar bien trabados y unidos unos con otros con este vínculo de amor y caridad fraterna. Y asi nuestro P. general Claudio Aquaviva, en la carta que escribió de la union y caridad fraterna, dice que habemos de tener tanta estima de esta union y caridad, y que la habemos de procurar con tanto cuidado, como si de ella dependiese, como en efecto, dice, depende, todo el bien de la Compañía. Y Cristo Nuestro Redentor, en aquella oracion que hizo á la despedida en la noche de su Pasion, la pidió al Padre Eterno para nosotros como cosa necesaria para nuestra conservacion. «Padre Santo, guardad á estos que me distes, para que sean uno como Yo y Vos lo somos (2).» Y consideremos de camino en estas palabras la comparacion que pone: asi como el Hijo es uno con el Padre por naturaleza, asi

(1) Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una. Act. IV, 22.

(2) Pater Sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut et nos. Joann. XVII, 11.

quiere que nosotros seamos uno por amor; y esta será nuestra guarda y conservacion.

CAPITULO III.

De algunas razones sacadas de la Sagrada Escritura que nos obligan á tener caridad y union con nuestros hermanos.

«Carísimos, si asi Dios nos amó, debemos tambien amarnos unos á otros (1),» dice el glorioso Evangelista S. Juan, el cual habiendo declarado el amor grande que Dios nos tuvo y nos mostró en darnos á su Unigénito Hijo, infiere y concluye de ahí que pues Dios nos amó tanto, nosotros tambien nos habemos de amar unos á otros. Podrá dudar y preguntar aquí alguno, y con razon, cómo de habernos Dios amado tanto á nosotros infiere y concluye el Apóstol el amor de los prójimos, porque parece que no habia de inferir y concluir, sino que amásemos á Dios, pues él nos habia amado tanto. A esto hay muy buenas respuestas: la primera, que esto hizo el Apóstol para mostrarnos la escelencia del amor del prójimo y cuánto lo estima Dios; como tambien, en el capítulo veinte y dos de San Mateo, dice el Sagrado Evangelio que preguntó un doctor de la Ley á Cristo Nuestro Redentor: «Maestro, ¿cuál es el mayor de los Mandamientos de la Ley?» Respondió: «Amarás á Dios con todo tu corazon, y con toda tu ánima, y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primero de los Mandamientos;» y añade luego: «Y el segundo, que es semejante á este, es, amarás al prójimo como á tí mismo (2).» Que no os pre-

(1) Charissimi, si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere. I. Joan IV, 12.

(2) Magister, quod est mandatum magnum in lege? Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: diliges proximum tuum sicut teipsum. Matth. XXII, 38.

guntan, Señor, sino del primero; ¿por qué decis del segundo? Todo es para mostrarnos la escelencia del amor del prójimo y lo mucho que lo estima Dios.

La segunda respuesta es, porque el amor de Dios y el amor del prójimo son como dos anillos eslabonados y puestos en el dedo, que no se puede quitar el uno sin sacar el otro: juntos han de ir. Asi el amor de Dios y el amor del prójimo siempre andan juntos, no puede estar el uno sin el otro, porque con un mismo amor de caridad amamos á Dios y al prójimo por amor de Dios; y asi no podemos amar á Dios sin amar al prójimo, y no podemos amar al prójimo con amor de caridad sin amar al mismo Dios; porque la razon de amar al prójimo, es Dios. Y asi, para mostrar el Apóstol que amando al prójimo amamos tambien á Dios, añadió luego: «Si nos amamos unos á otros, tambien está Dios por amor en nosotros (1).» Y para mostrarnos que en el amor de Dios se encierra tambien el amor de los prójimos, dijo: «Este mandamiento tenemos de Dios, que el que ama á Dios ha de amar tambien á su hermano (2).» Mucho se muestra y resplandece el amor que Dios tiene á los hombres, y cuánto quiere y estima que nosotros tambien se le tengamos, en que no podemos amar á Dios sin amar al prójimo, ni podemos ofender al prójimo sin ofender á Dios. Si un rey amase tanto á un criado suyo que se pusiese siempre delante de él cuando le quisiesen ofender ó matar, de manera que no pudiesen tocar ni ofender al criado, ni darle con el arcabuz ó espada sin herir y ofender primero al rey, ¿no seria estremado amor? Pues eso hace Dios con los hombres: pónese siempre delante para

(1) Si diligamus invicem, Deus in nobis manet, et charitas ejus in nobis perfecta est. I. Joann. IV, 12.

(2) Hoc mandatum habemus a Deo, ut qui diligit Deum, diligat et fratrem suum. I. Joann. IV, 12.